



Cuadernos de Ilustración y Romanticismo

Revista Digital del Grupo de Estudios del Siglo XVIII

Universidad de Cádiz / ISSN: 2173-0687

n° 25 (2019)

LA CONSTRUCCIÓN DEL DISCURSO NACIONAL ESPAÑOL EN LA OBRA LITERARIA DE MODESTO LAFUENTE

Mònica FUERTES ARBOIX
(Coe College)

Recibido: 22-03-2019 / Revisado: 28-05-2019

Aceptado: 28-05-2019 / Publicado: 20-12-2019

RESUMEN: Este trabajo examina de qué manera Modesto Lafuente, conocido principalmente por ser el autor de la monumental *Historia General de España* en el siglo XIX, construye el concepto de identidad colectiva española en sus obras precedentes de carácter literario y periodístico como el periódico satírico y de costumbres *Fray Gerundio* (1837-1842), *El Teatro social del siglo XIX* (1846) y *Viages de Fr. Gerundio por Francia, Bélgica, Holanda y orillas del Rhin* (1842). Analiza los mecanismos que utiliza para generalizar el sentimiento de pertenencia nacional a través de la creación de imaginarios y la destrucción de mitos extranjeros sobre la nación española. El trabajo examina cómo el estudio de las costumbres contemporáneas españolas y europeas contribuyen a la gestación de los contenidos que se desarrollaran posteriormente en la *Historia General de España*.

PALABRAS CLAVE: Modesto Lafuente, nacionalismo español, identidad, construcción, imaginario, sátira política.

THE CONSTRUCTION OF THE SPANISH NATIONAL DISCOURSE IN THE LITERARY WORK OF MODESTO LAFUENTE

ABSTRACT: This works examines how Modesto Lafuente, mostly known for being the author of the colossal 19th century *Historia General de España* constructs the concept of collective Spanish identity in his earlier literary and journalistic works. For instance, in the satirical journal *Fray Gerundio* (1837-1842), *El Teatro social del siglo XIX* (1846), and *Viages de Fr. Gerundio por Francia, Bélgica, Holanda y orillas del Rhin*. It analyzes the mechanisms he uses to generate the feeling of national belonging thru the creation of imaginaries and the destruction of foreign myths about the Spanish nation. This work examines how the study of contemporary Spanish and European customs in his early works contributes to the development of the contents later reviewed in the *Historia General de España*.

KEYWORDS: Modesto Lafuente, Spanish nationalism, identity, imaginary construction, political satire.

«Cuando en la segunda mitad del siglo siguiente, un monarca tan europeo como Alfonso X el *Sabio* impulsó y dirigió la escritura de una primera *Estoria de Espanna* en lengua romance, decidió traducir como «espannoles» los pasajes en que sus fuentes —Lucas de Tuy, Rodrigo Jiménez de Rada— decían hispani. No deja de ser irónico, para una visión nacionalista, que el adjetivo que designa a los miembros de una nación sea un extranjerismo» (Álvarez Junco, 2017: 143)

Cuando en 1846 Modesto Lafuente publica el *Teatro Social del siglo XIX*, cuenta ya con la popularidad y el respeto del público lector gracias a la publicación del *Fray Gerundio* del que fue redactor único desde 1837 a 1842. *Fray Gerundio* es un semanario satírico que critica principalmente la realidad española contemporánea. Para indicar las anomalías políticas y sociales que tanto molestan a Lafuente éste se vale de todos los recursos estilísticos, literarios y retóricos a su alcance para amonestar divirtiendo, y los sabe combinar tan acertadamente que la publicación tuvo un éxito inmediato obteniendo incluso la admiración de sus contemporáneos como por ejemplo, Mesonero Romanos. Sin duda *Fray Gerundio* debe su éxito a sus dos protagonistas principales, Fray Gerundio y Tirabeque, quienes siguiendo la moda periodística y de literatura de costumbres, esconden el alter ego de Lafuente. El diálogo ameno y crítico entre estos personajes fue una acertada opción ya que encarnan dos aproximaciones distintas a la realidad que se quiere señalar. De este modo Tirabeque personifica la opinión más chabacana y popular de un problema, mientras que Fray Gerundio simboliza, mediante simulada empatía, una valoración más comprensiva de la realidad inmediata. Esta combinación da un excelente resultado porque critica, moraliza y no aburre, y a tan sólo un año de iniciarse la publicación Lafuente lanzó una segunda edición de los números ya publicados, a la vez que continuó con la redacción de nuevos números. Los temas del *Fray Gerundio* son muy variados, como cabe suponer por su carácter esencialmente satírico, pero sin duda los que más preocupan a su autor son, la incomprensible duración de la primera guerra carlista y sus horribles consecuencias, la alternancia de partidos y su ineffectividad para terminar con la crisis económica que asola al país, las consecuencias sociales de esta crisis económica y la relación del semanario con otros periódicos contemporáneos, ya sea porque simpatizan con las ideas del escritor o porque lo critican puntualmente. Los artículos aparecen agrupados bajo el nombre de capilladas dando referencia al golpe que se da con la caperuza de un fraile y, por extensión, a la crítica que pretende sacudir al lector y advertir de la verdadera realidad que se esconde tras la noticia.

Lafuente decidió suspender la publicación del *Fray Gerundio* en 1842 por una profunda decepción con la justicia que ignoró su demanda de reprender a Prim por asestarle éste varios bastonazos en el entreacto de una representación teatral¹. La fama de valentía del general y su heroicidad concedían a Prim una merecida popularidad, y la negativa de Lafuente fue motivo de risa y desprestigio social que, como es comprensible, no le sentó

¹ En la capillada 353 del tomo XIV de *Fray Gerundio* de junio de 1841, Tirabeque hace burla del general Prim mediante un juego de palabras en el que sarcásticamente confunde Prim con Pringue. El general exigió disculpas que Lafuente no ofreció y finalmente Prim le desafió a un duelo, que Lafuente rechazó con ironía también desde las páginas de *Fray Gerundio*. El orgullo herido del general hizo que se enfrentara a Lafuente en el entreacto de una representación en el teatro del Príncipe. La opinión pública celebró el desenlace de esta disputa, pero Lafuente sintió que la libertad de imprenta había sido nuevamente puesta en entredicho. Después de este altercado Lafuente decide suspender la publicación de *Fray Gerundio*.

nada bien. Precisamente la barbarie de los duelos y su innecesaria presencia en una sociedad civilizada y moderna como se supone debe ser la española del siglo XIX, es uno de los temas en los que va a insistir Lafuente en *El Teatro social del siglo XIX*, sin duda alguna con un claro objetivo moralizador y aleccionador para aquellos que se rieron de él y apoyaron a Prim.

La revista *Fray Gerundio* reapareció el dos de enero de 1842 y concluyó en junio del mismo año, la era segunda se inicia al año siguiente hasta enero de 1844, y aunque cambia el formato y nombre de los artículos (pasarán a llamarse disciplinazos), sigue siendo una publicación satírica. En el mismo año de 1842 Lafuente emprende un viaje por Francia, Bélgica y otros países europeos cuyas observaciones fueron publicadas en el mismo año de 1842 con el título de *Viages de Fray Gerundio por Francia, Bélgica, Holanda y orillas del Rhin*. El denominador común de estas publicaciones además de su carácter satírico son Fray Gerundio y Tirabeque personajes muy queridos por el público y con el que identificaron de inmediato a Lafuente, al que llamaban también Fray Gerundio. Sin embargo, y sobre todo a partir de la publicación de los *Viages*, vamos a encontrar menos artículos satíricos y muchos más que se hacen eco de avances tecnológicos y reformas sociales eficaces que podrían funcionar en España. Esta observación minuciosa le permite cumplir varios objetivos: ensalzar el desarrollo europeo, mostrar el retraso español y sugerir soluciones. Pero sobre todo le permite redefinir lo que es ser español en contraste con lo europeo. El tono de los artículos sigue siendo bastante pesimista porque el autor reconoce que no sólo siguen existiendo las mismas dificultades en España, sino que, además, la ausencia de un gobierno competente y eficaz hace que el país permanezca en un estado permanente de aletargamiento con respecto al resto de potencias europeas. Mostrar el retraso español es también una crítica pero, además, advierte lo diferente que podría llegar a ser el país si se adaptaran las medidas propuestas por él. Como muchos costumbristas Lafuente se mostrará también preocupado por la imitación sin medida de modas y costumbres extranjeras, que no benefician para nada a la sociedad y que según él son, cuando menos, ridículas. Y es que Lafuente, aunque quiere mantener una actitud abierta ante la modernización tecnológica y social de España no puede evitar mostrar sus reticencias ante la transformación de la sociedad española y la imitación por parte de la creciente burguesía de unas ideas y una cultura que no le son propias. De ahí que considere indispensable dejar bien claro lo que significa ser español, las características de lo realmente español frente a lo extranjero, y es quizás al hacer este ejercicio donde se da cuenta de la necesidad de construir una identidad colectiva, un discurso histórico español y un sentimiento de pertenencia nacional capaz de combatir el imaginario español que existe en otros países europeos. Es por eso que siente la responsabilidad de redactar la historia de España.

El siguiente trabajo trata las publicaciones literarias anteriores a la redacción de la *Historia General de España* y señala los signos de identidad con los que quiere generar un sentimiento de pertenencia nacional español que contradiga los imaginarios que otras potencias europeas tienen sobre los españoles.

La influencia de Modesto Lafuente en el panorama político y social español es todavía palpable. Cuando escuchamos en las noticias hablar de la ruptura del nacionalismo español, de los buenos y malos españoles, de los buenos y malos catalanes, y del remoto origen de España como nación, incluso antes de la cristiandad, escuchamos algunos de los mismos argumentos que Lafuente construye ya desde las páginas de la *Historia General de España*. La nación se presenta dotada de alma y carácter y existente desde tiempos inmemorables, con rasgos culturales y religiosos comunes que homogeneiza a sus ciudadanos y los hace únicos. La Historia es la ciencia responsable de definir la nación, de aportar argumentos que expliquen a los ciudadanos quiénes son, de dónde vienen y a dónde se

dirigen, y Modesto Lafuente fue el gran artífice de la creación del mito fundacional de la nación española en el siglo XIX.

Entendemos por mito lo que Víctor García de Cortázar define como la «suprema ficción que en la antigüedad el poeta interponía al horror que le inspiraba lo desconocido o la invención que hizo brotar la Europa de las naciones en el siglo XIX» (García de Cortázar, 2004: 9). Lafuente es, así pues, un creador de fábulas que distorsiona el pasado dando a las cosas una apariencia más valiosa de lo que en realidad son, e incluso haciéndolas pasar por verdad. En el contexto del siglo XIX europeo se intuye la necesidad de cambiar a los protagonistas de la historia, porque ya no son sólo los reyes los que encabezan el relato, sino que ahora el conjunto de los ciudadanos, el pueblo, es lo determinante y decisivo para el desarrollo de la nación, y como tal debe aparecer reflejado en la historia de un país. Como muchos historiadores del XIX Lafuente construye un nacionalismo oficial basándose en «una historia codificada por las instituciones estatales como historia nacional y en la que el pasado de la nación se confunde con el del Estado» (Pérez Vejo, 1999: 23)

Esta faceta de escritor costumbrista satírico no está pues completamente desligada de la de historiador, como nos quiere hacer creer el mismo escritor, cuando desde su nueva acomodada posición social y política y en su madurez, se desentiende de los «excesos de juventud» cometidos desde las páginas del *Fray Gerundio*. La descripción minuciosa de la realidad española en sus gentes, costumbres y hablas, forma parte también de la construcción de un nacionalismo cultural no oficial basado en «la etnografía, concebida como el estudio, codificación e idealización de las culturas campesinas hasta convertirlas en el fundamento de la cultura nacional» (Pérez Vejo, 1999: 23)

Por ello, cabe considerar a Lafuente en una doble faceta de historiador. La primera la de creador de la Historia, con mayúscula y entendida como una actividad académica y científica, y la segunda como la de escritor de historias, con minúscula, relatos de hechos cotidianos con los que a la vez que critica la realidad política de su entorno, describe costumbres y entretiene. En las dos fue un maestro y creemos que no se puede entender la una sin la otra. La redacción de la historia como nación, del sujeto político que a mediados del siglo XIX reclama soberanía, adquiere evidentemente mayor fuerza en la *Historia General*, pero empieza precisamente en la descripción del modo de ser español de la que encontramos trazos ya en el *Fray Gerundio*². Lafuente también toma parte activa en la política española desde 1843 siendo diputado por León en 1856 en las filas de la Unión Liberal y dando muestras de un liberalismo católico moderado³. Al mismo tiempo empieza la redacción de la *Historia General de España*, y en este sentido, hay que matizar, como apunta Joaquín Álvarez Junco, que «la lucha por el relato del pasado es la lucha por el liderazgo político». La redacción de la *Historia* responde a la necesidad de definir la nación española, de reafirmar la soberanía mirando hacia un pasado en común que, como matiza Álvarez Junco, legitima tanto a políticos como a instituciones. La incursión de Lafuente en la literatura mediante la sátira es también una manera de practicar una actividad política. Como oportunamente apunta Álvarez Barrientos,

² Para un estudio detallado sobre este periódico satírico y sus características ver Fuertes Arboix, Mònica (2014) *La sátira política en la primera mitad del siglo XIX: Fray Gerundio (1837-1842) de Modesto Lafuente*.

³ Para que no se le acusara de cambio de ideas, de progresista a moderado, declaró lo siguiente en su primer discurso de las Cortes Constituyentes en diciembre de 1854, «Yo soy progresista, y de estos de quienes dice el Sr. Ordax que algunas veces se paran y se detienen. Efectivamente, algunas veces me paro y me detengo, cuando veo un peligro, cuando veo un abismo. ¿Y para qué me paro entonces, y para que me detengo? ¿Es para retroceder? No, señores. Es para mediar la manera cómo podré salvar aquel abismo, y luego seguir adelante, porque, la precipitación ordinariamente conduce al precipicio» (Juan-Sisinio Pérez Garzón, 2003: 30).

La literatura era un poder y los políticos intentaron neutralizarlo empleando a escritores para imponer un orden del que habían de participar, pero desde ese orden y desde la sumisión que implicaba estar al servicio de un político, los literatos buscaron su autonomía, por ejemplo, en el espacio de la sátira, aunque también desde la independencia económica que suponía tener un puesto en la Biblioteca Nacional o un acta de diputado, forma de adhesión al orden público. La polémica, la sátira la denuncia literaria eran manifestaciones de la relación belicosa que existía entre algunos miembros de los dos grupos (Escritores y políticos), en las que a menudo se ocultaban las verdaderas razones de los enfrentamientos, o se disimulaban bajo asuntos aparentemente tan solo literarios para contar con mayor libertad de movimientos y para influir sobre la opinión pública de forma más efectiva. (Álvarez Barrientos, 2004: 18)

El costumbrismo del *Fray Gerundio* es un costumbrismo de circunstancias que no se deleita tan solo con las descripciones amenas de escenas típicas de Madrid y sus gentes, sino que son el marco en que se circunscribe la crítica política o social que quiere señalar.

Para Lafuente la sociedad española del presente es consecuencia del pasado, por ello algunas de sus capilladas recuerdan acontecimientos históricos que marcaron la historia de España. Su propósito es conservar la memoria para que la costumbre y la mediocridad de la vida diaria no hagan caer en el olvido el sacrificio hecho por aquellos españoles que lucharon por la libertad (Fuentes-Arboix, 2014: 119)

En algunos de sus primeros artículos señala ya la esencia de un sentimiento nacional español que se manifiesta en el siguiente ejemplo en una muestra ejemplar de valor y sacrificio aparentemente intrínseco al hecho de ser español. Así, las víctimas del Dos de mayo de 1808 murieron ya «por el españolismo puro y eminentemente heroico» (capillada 71, septiembre 1838).

Los ataques del *Fray Gerundio* a la política, a la sociedad y a la mala economía del país deben entenderse como una reflexión del autor a estos problemas dándoles la mayoría de las veces apariencia de un suceso grotesco. Este proceso es a la larga una fuente constante de insatisfacción: «primero porque ya antes de empezar a escribir sabe que se enfrenta a la derrota y, segundo, porque la esencia del escritor satírico es trágica *per se*. Sus escritos nacen de la tragedia, y la comicidad en ellos abriga, en realidad, sentimientos de rencor, frustración e impotencia» (Fuentes-Arboix, 2014: 127). Sin duda satirizar durante tantos años sin mejorar la situación debió de cansar a Lafuente y poco a poco se decanta por la observación de costumbres con un objetivo pedagógico y moral reflexionando sobre el pasado del pueblo español con un asomo de melancolía y nostalgia de lo que pudo haber sido y no es. Lafuente no se afligirá fácilmente, sino que ante la decepción del presente grotesco del que es protagonista se decidirá a interpretar el pasado y a participar en el presente colaborando activamente en la política del país.

La observación minuciosa de los modos y costumbres de otros países le permite cumplir varios objetivos: ensalzar el desarrollo europeo, mostrar el retraso español y sugerir soluciones. El tono de los artículos sigue siendo bastante pesimista porque el autor reconoce que no sólo siguen existiendo las mismas dificultades en España, sino que además, la falta de un gobierno competente y eficaz hace que el país permanezca en un estado permanente de aletargamiento con respecto al resto de potencias europeas. Lafuente cree que hay que europeizarse pero es consciente de que eso implica un reto aún más difícil, la desespañolización de Europa, es decir, la lucha contra los estereotipos y desconocimiento que las potencias europeas tienen de la sociedad y cultura españolas. Es en este complejo

proceso donde creemos que Lafuente ve la necesidad de construir una historia de España que muestre la unidad, la grandeza y el espíritu de superación que siempre ha existido en el pueblo español. Señala también el retraso con respecto a Europa en lo social, lo económico y lo político, sin abandonar el humor que le caracteriza y que quizá sea el responsable de que no se hayan tomado sus escritos literarios con la seriedad que merecen, pero en los que se entrevé la preocupación por defender la unidad política y cultural de España. El libro de viajes de Lafuente es una observación de las políticas y organizaciones sociales europeas que contrasta con la realidad española. Muchos de los pasajes que describe son en realidad memoria de la historia de España, y evocan el pasado heroico de una de las naciones más poderosas y prósperas del mundo durante los reinados de Carlos I y Felipe II. Evidentemente este reescribir la memoria histórica de lo que fue España tiene como propósito reconstruir la historia ejemplar de España y generalizar el sentimiento de identidad nacional, aunque sea a través de la crítica del carácter español⁴.

La técnica de contrastar realidades, proponer soluciones y cuestionar las modas se desarrolla aún más en los artículos publicados en el *Teatro Social del siglo XIX*, donde Lafuente con admiración y pesadumbre a la vez da cuenta, por ejemplo, de los hallazgos e inventores que tiene y ha tenido España. En el artículo «Telégrafos eléctricos» se lamenta de que, como bien advierte el refrán español, nadie es profeta en su tierra, y que en cuestiones de inventos españoles otros se llevan la gloria y el provecho, como en el caso de Pedro Ponce, «que inventó el arte de enseñar a hablar a los sordo-mudos, pero sacaron otros el provecho. Cuando en España logramos tener un colegio de sordo-mudos, ya estaban cansados otros países de tenerlos a docenas» (Lafuente, 1845, Tomo II: 72) También que «siendo el vapor invención española, tenemos la satisfacción de que todos los países de Europa se hallen cruzados de caminos de hierro, al tiempo que en España entonamos himnos de gloria y salmos de júbilo porque se ha empezado a dar azadonazos en el primero que se habrá de construir [...]» (Lafuente, Tomo II: 72) El tono sarcástico del artículo no esconde la frustración del autor que lamenta que en España el talento y la inventiva sean desperdiciados por el estado⁵.

Lafuente utiliza el clásico tópico del mundo como teatro para enmarcar sus artículos de costumbres, y sigue la técnica, utilizada ya en obras anteriores, de agruparlos bajo un nombre específico que los singularice (capilladas en el *Fray Gerundio*, o disciplinazos en la era segunda), los artículos del *Teatro social del siglo XIX* se agrupan en funciones, como si de una puesta en escena se tratara. En las primeras páginas del primer tomo avisa Fray Gerundio que la idea de escribir vino por querer apartarse del difícil camino de la sátira y acercarse a otro tipo de género que «si bien pudiera ser menos leído en estos tiempos novelescos e inconstantes que alcanzamos tampoco tuviera las agudas puntas que germinan en el campo de la sátira festiva, y le siembran y plagan de dificultades»⁶

4 Para un estudio más detallado consultar Fuertes-Arboix, Mònica (2011) «La vida cultural en los Países Bajos y Francia, según Mesonero Romanos y Modesto Lafuente». *V Coloquio: La literatura Española del Siglo XIX y las literaturas europeas*, Barcelona: PPU (Promociones y Publicaciones Universitarias) 153-160. También, Fuertes-Arboix, Mònica (2016) «Viajeros costumbristas en Europa: Enrique Gil y Carrasco, Modesto Lafuente y Mesonero Romanos». *Actas congreso Internacional Enrique Gil y Carrasco y el romanticismo*, pp.287-296.

5 En este artículo Lafuente subraya que siendo un español Francisco Salvá y Campillo (1751-1828) quien inventó el telégrafo eléctrico, su invento haya sido ignorado por las autoridades, y que sin embargo lo utilicen todas las grandes potencias europeas que ya han reemplazado el telégrafo común por éste más moderno y eficaz.

6 Lafuente sabe por experiencia después de ser redactor durante años de la publicación satírica *Fray Gerundio* que escribir sátira es un trabajo solitario que no ofrece muchas gratificaciones. Al contrario, el escritor satírico está desde el principio destinado al fracaso porque la sátira no corrige los vicios, sino que los señala y muchas veces a riesgo de desaparecer la publicación. Es una vida de constante insatisfacción e irritación por la manera en cómo se desarrollan los acontecimientos que critica y por sus contemporáneos, quienes aunque se den por aludidos, ignoran la mayoría de las veces las críticas recibidas.

(Lafuente, 1845, Tomo 1: 2). Fray Gerundio y Tirabeque deciden dar con materias que en palabras de Tirabeque sean «útiles y provechosas y de buena moral, divirtiéndolo a los que las lean, y acaso se quedan más en la memoria que las que enseñan los libros serios [...]» (Lafuente, 1845, Tomo 1: 3) Creemos que esta evolución de Lafuente de escritor satírico a escritor de «materias útiles» se debe principalmente a dos causas: primero al desgaste que supone tanto para los lectores como para el autor la redacción satírica de artículos originales sobre política contemporánea (recordemos que antes de empezar la redacción del *Teatro social*, Lafuente llevaba más de ocho años como escritor satírico); y segundo a la popularidad y gusto de los lectores por la literatura costumbrista practicada de modo habitual por muchos de los contemporáneos del autor, y de la que Lafuente ya había dado muestras en obras anteriores de su habilidad y talento en este apreciado género⁷.

La idea de circunscribir sus escritos en el mundo del teatro viene sugerida por la personificación del siglo XIX que al escuchar la conversación entre Fray Gerundio y su lego se aparece para recordarles que en las costumbres, en la sociedad, en su fisonomía y caracteres y en los dramas de cada día tienen una fuente inagotable de materia para sus discursos en el propio siglo XIX, «Nuestro teatro es el universo entero, nuestros actores los hombres todos, de cualquier clase y condición, edad y sexo que sean: nuestro público todo el género humano. Porque en el gran Teatro del mundo, todos los hombres son actores y espectadores aun mismo tiempo [...]» (Lafuente, 1845, Tomo 1: 10)

Cada función consta de varios artículos dependiendo su número de la extensión de los mismos: los hay muy breves y los hay que aparecen en varias funciones por ser su contenido demasiado extenso, o simplemente para mantener el interés y la curiosidad de los lectores. Algunos incluyen grabados que son por sí mismos un artículo, con tan sólo un título que los acompaña. Por ejemplo, el que muestra el despropósito del sistema penitenciario: en el primero vemos como detienen a un joven robando y lo condenan a presidio, y en el siguiente grabado vemos al mismo ladrón de antes convertido además en asesino⁸. Lafuente no añade más, pero la crítica queda en la memoria de los lectores quienes ahora se ven compelidos a por lo menos meditar en la eficacia de la justicia española. Así, aunque la intención de Lafuente sea incluir todo el género humano en sus observaciones, lo cierto es que se circunscribe a la sociedad española, y a las características que naturalizan lo español.

Como cabe esperar dada la naturaleza ecléctica del libro, los temas son muy variados y resulta complejo hacer una clasificación detallada de los mismos, pero según la repetición y frecuencia con que Lafuente los trata se podrían agrupar en: costumbres y modas nacionales e internacionales, política, economía y novedades científicas y filosóficas.

España está presente directa o indirectamente en los artículos porque el objetivo final de cada función es señalar o bien el mal estado de la sociedad y la nación, o bien los posibles medios que el gobierno y los ciudadanos podrían ejecutar para mejorar el bienestar general.

Una de las novedades de las que se hace eco es la adaptación de la homeopatía en algunos países extranjeros como remedio alternativo a la medicina establecida y las reticencias por parte de algunos médicos de adoptarlo en España. Este tema lo desarrolla el autor

⁷ En varios artículos anteriores he tratado del costumbrismo de Lafuente y de cómo este se vale de la popularidad del género para enmarcar su crítica, en muchos casos desarrollando él mismo una técnica particular a la que he denominado “gerundiar”, y que consiste en la descripción detallada de una escena costumbrista que le sirve de pretexto para desarrollar la sátira. El costumbrismo de Lafuente es funcional y lo utiliza porque sabe que así captará la atención del lector, y porque la crítica final con la que termina el artículo será mucho más eficaz porque sorprende al lector.

⁸ Hay que señalar la abundancia de grabados, algunos hechos expresamente para la publicación porque se pueden distinguir muy bien tanto a Fray Gerundio como a Tirabeque. El aumento de su incorporación responde al gusto popular que a fecha de la redacción del *Teatro* tenía ya entre los lectores.

en varias funciones a lo largo del primer tomo y discute su origen, resultado y beneficios llegando a la conclusión de que ya que no hay motivos para censurarla se debería por lo menos probar su aplicación como quiere el Dr. Núñez, el Hannemann español, o padre de la homeopatía en el país porque, además, el objetivo de la homeopatía como apunta Fray Gerundio no es tan solo el de curar una enfermedad puntual y grave sino, que tiene como finalidad «ayudar siempre a la naturaleza, o sea a la fuerza vital en su constante lucha y reacción contra las alteraciones orgánicas que causan las enfermedades». (Lafuente, 1845, Tomo 1: 143) Lo que destaca Fray Gerundio es que la homeopatía debería servir como ejemplo a los gobiernos para que dedicaran menos esfuerzo a la investigación de «los medios de matar más hombres en menos tiempo dado, y un poco más a la averiguación de las verdades que puedan servir a salvar a la humanidad» (Lafuente, 1845, Tomo I: 105)

Le molesta a Fray Gerundio que en la imitación de las modas, usos y costumbres del siglo XIX se copie no sólo la forma de vivir de otros países sino también la forma de morir, y se queja de que se haya generalizado el suicidio en el país. Según él, sólo en España durante los últimos seis meses de 1846 ha habido más de seiscientos sesenta y tres muertes por suicidio, y lo lamentable es que es una moda que imitan las altas clases sociales no sólo en España sino en otros países europeos y en las Américas. Fray Gerundio se plantea las posibles causas de este elevado número de muertes en lo de que va de siglo entre las que destaca: la enajenación mental, la falta de fe del materialista e ingenuo, el aburrimiento, el egoísmo a través de la búsqueda del placer y el apocamiento de ánimo. Nada que no se pueda corregir, según él, mediante una buena educación consistente en distinguir «el verdadero del falso heroísmo, la verdadera de la falsa felicidad; y sobretodo [en enseñar] a los hombres a no ser egoístas». (Lafuente. 1845, Tomo I: 89)

En la misma línea destacamos las conversaciones de Fray Gerundio y Tirabeque con un tercer personaje llamado Don Magín (alter ego también de Lafuente) sobre la civilización moderna, lo que ésta significa y en qué consiste. Estas reflexiones son meditaciones filosóficas sobre las contribuciones que la civilización del siglo XIX ha dado al hombre, preguntándose si la felicidad es una de ellas. El progreso industrial del siglo ha servido para facilitar la vida en sociedad pero sin embargo hay síntomas que revelan la ineficacia de la civilización en la felicidad del hombre como por ejemplo la repetición y frecuencia de los suicidios y la emigración incesante, sobre todo la española⁹.

La búsqueda de la «felicidad» de los españoles lleva a la imitación de las costumbres extranjeras en todos los aspectos posibles y de manera exagerada, como por ejemplo en la lengua (adaptación de términos como *fashionable*, *soirées*, *debut*, *toilette*, *buffet*, etc.), los anuncios, en los que todas las cosas se anuncian *al estilo de París*, como si así fueran mucho mejores, la costumbre de hacer vacaciones en verano y tomar los baños en Biarritz ya que al pertenecer este pueblo a Francia existe la creencia generalizada de que el agua es allí más salada y cura mejor. También la guerra en los periódicos por conseguir ser los primeros en publicar las traducciones de novelas francesas, lo que le parece a Fray Gerundio un despropósito porque asegura que la literatura española es imposible que brille y es incluso imposible que exista,

mientras los españoles no vean donde quiera que dirijan la vista, sino novelas traducidas, sin que haya quien se tome el trabajo de acomodarlas a nuestras costumbres sino tal cual aislado genio que lucha con sus escasas fuerzas contra el océano inmenso de las traducciones; mientras al propio tiempo que los órganos de la

⁹ Fray Gerundio da la relación de nombres de los españoles que han fallecido en Francia entre 1840 y 1845, que suman más de 300. Se lamenta Lafuente de que en estas cosas sea España la primera.

pública opinión declaman cada día contra el influjo extranjero, están inundando al país de obras extranjeras y formando el gusto e inoculando la afición de la literatura extranjera (Lafuente, 1845, Tomo II: 150)

La verdad es que los contenidos de los dos volúmenes que forman el *Teatro social* ponen en evidencia la sociedad española de mediados de siglo XIX, ya sea por su retraso ante el progreso industrial europeo, el desaprovechamiento de sus recursos o la rápida adaptación de costumbres extranjeras por una clase media que va teniendo cada vez más presencia. Pero lo que de verdad exponen es la rápida transformación de la sociedad urbana española de tradicional a moderna y la consolidación de la burguesía dentro de ese espacio urbano, que al ritmo del progreso quiere estar en boga con las modas extranjeras. Lafuente está señalando, probablemente sin ser consciente de ello, las consecuencias de la modernización del país — de hecho, nunca utiliza el término moderno en ninguna de sus acepciones—, y los desajustes que esta modernización precipitan en el Madrid de 1846. Lafuente se encuentra atrapado entre la España tradicional a la que querría ver modernizada, y la rápida adaptación de las modas extranjeras por una incipiente burguesía urbana, lo que implica la pérdida y el abandono de las costumbres autóctonas o incluso del cultivo de la propia literatura española. Lafuente es el observador de los cambios sociales que se dan, de dos vías de existencia, la modernidad y el tradicionalismo, muy difíciles de congeniar. Cabe preguntarse si fue precisamente la dificultad de aceptar las transformaciones sociales y culturales de España lo que motivó a Lafuente a buscar en la política y en la conservadora y tradicional redacción de la *Historia General* dos vías con las que contener los desajustes que poco a poco irá viviendo la sociedad española de mediados del siglo XIX¹⁰. Esta preocupación de Lafuente ante la pérdida de identidad española frente a modas extranjeras, y la necesidad de definir y proteger lo español es, en realidad, síntoma de la falta de una identidad colectiva española. Detallar en qué consiste lo español, y sobre todo, de insistir en la unidad nacional como seña indiscutible de la identidad española, será el objetivo principal de la *Historia General de España*.

Desde mediados de 1846 Modesto Lafuente abandonó la carrera literaria para dedicarse a la investigación histórica y a empezar su nuevo proyecto de redactar la *Historia General de España*, que le ha de dar una popularidad y fama que dura hasta hoy en día. En 1848 inició una nueva serie titulada *Fray Gerundio. Revista Europea* que tuvo breve vida, pues sólo se publicó hasta abril de 1849 y probablemente para incrementar sus ganancias. Finalmente, y por influjo de su cuñado Mellado, se decidió a la publicación de la primera Historia de España escrita por un español, sin duda como una reacción patriótica al leer la historia de Romey. Desde la aparición de la obra del padre Mariana nadie había asumido el monumental trabajo de escribir una *Historia General de España*. Louis Romey, historiador francés, se da cuenta de este vacío historiográfico y publica en París en 1839 su *Histoire d'Espagne*, en nueve tomos. Modesto Lafuente fue de la opinión que la historia de España la debían escribir nativos del país y no extranjeros y esta fue la principal motivación de que empezara la publicación de la *Historia General de España* editada desde 1850 a 1866, que cubren los inicios de la formación de España hasta la muerte del rey Fernando VII en 1833.

El inicio de tan ingente trabajo le abrió las puertas de la Real Academia de la Historia de la que fue miembro desde 1853, pronunciando su discurso de ingreso sobre «Fundaciones

¹⁰ En el artículo «Madrid en 1850, o aventuras de Don Lucio Lanzas», Lafuente describe el Madrid podemos encontrar en 1850 si las modas de imitar todo lo francés continúan al mismo ritmo. La crítica reside en lo malo de España sigue existiendo: cesantes, gentes ociosas, mala política, etc..., pero ahora con un aire afrancesado. (Lafuente, 1845, Tomo II: 137-145)

y vicisitudes del Califato de Córdoba, causas y consecuencias de su caída». La obra de Lafuente gustó tanto a moderados como a conservadores e incluso encontró eco y respaldo en periódicos de carácter absolutista como *La España* desde donde se promocionó tanto la obra como al autor. En el mismo año Lafuente fue nombrado Consejero de Instrucción Pública, «cargo sin sueldo, es cierto, pero que suponía la entrada directa en la vida política y en los empleos de Estado» (Pérez Garzón, 2003: xxx) Lafuente había conseguido su propósito de juventud de tener una presencia activa en la vida política española. «De este modo, tras la revolución de 1854, concurrió a las elecciones constituyentes en las filas de la Unión Liberal que le ofrecía espacio adecuado a sus aspiraciones políticas y un lugar de perspicaz equidistancia en las pugnas de los partidos» (Pérez Garzón, 2003: xxx).

Modesto Lafuente tuvo una presencia activa en las Cortes, sobre todo en la discusión de la base segunda de la nueva Constitución en el mes de febrero de 1855, sobre la cuestión religiosa. Para él el concepto de nación española está íntimamente ligado al de religión, «la nación se obliga a mantener y proteger el culto y los ministros de la religión católica que profesan los españoles. Pero ningún español ni extranjero podrá ser civilmente perseguido por sus opiniones, mientras no las manifieste por actos públicos contrarios a la religión» (Ferrer del Río, 1866: LXX). Las palabras del discurso de Lafuente sobre la tolerancia religiosa siguen la línea argumentativa en la que basó la construcción de la *Historia General de España*, es decir, que ofrece la imagen de la nación española constituida como nación independiente, grande y libre gracias a «la unidad religiosa, al sentimiento católico y a la perseverancia en la fe» (Ferrer del Río, 1866: LXXXII); un punto sobre el que insistirá a lo largo de su discurso: «Pues bien, señores, he manifestado que al principio religioso y que a la unidad religiosa debe la España el ser nación; que con la unidad religiosa se hizo nación independiente; que con la unidad religiosa se hizo nación libre. Esto mismo continuaría probando hasta nuestros días con la historia» (Ferrer del Río, 1866 LXXXVI) De hecho esta será la base con la que da comienzo la relación de la historia de España, como ya hemos dicho anteriormente, y el argumento con el que impugna la enmienda de la libertad de cultos.

Yo en conciencia no me atrevería a llamarme verdadero intérprete de la voluntad nacional, si propusiera la tolerancia o la libertad de cultos. Yo tengo muy presente el consejo de un insigne publicista, que por cierto a nadie parecerá sospechoso. Montesquieu dice en el libro 25 de su *Espíritu de las leyes* «que es una buena máxima y una buena ley política en punto a religión, cuando un pueblo no ha manifestado estar disgustado de la religión establecida, no admitir ninguna otra.» [...] Yo creo que con esto íbamos a producir una gran perturbación social, porque esto está en contradicción con las tradiciones del país, con sus costumbres, con sus creencias y hasta con sus necesidades; creo, Señores, que se puede producir un gran conflicto, aun llevando la mejor intención de hacer el bien (Ferrer del Río, 1866: LXXXVI-VII).

Tan convincentes palabras hicieron perder la enmienda a los progresistas y la comisión constitucional rechazó la tolerancia de cultos y la libertad de creencias. La prensa progresista reprochó a Lafuente el que hubiera «castigado a las Cortes con sus lecciones de historia, de tal forma que nuestro historiador tuvo que reconocer en la sesión del 10 de febrero que «sentía cada vez más haber prolongado tanto su larga peroración» (Pérez Garzón, 2003: xxxvi), pues continuó hablando sobre la diferencia entre la libertad de conciencia y la libertad de culto. Sea como fuere, lo cierto es que Lafuente ganó un puesto de diputado por el distrito de Astorga en las filas del liberalismo moderado que conservó hasta su muerte en octubre de 1866. Quedaba ya muy lejos el liberal progresista de los

primeros años de vida pública y literaria que atacaba constantemente las irregularidades del gobierno y que defendía, desde las páginas del *Fray Gerundio*, la libertad de imprenta. Ahora, desde su reconocida posición social y cargo público, define la nueva función de periodista,

la misión del escritor político, del escritor público, del periodista, como una de la más notables y dignas misiones que el hombre puede ejercer en el gobierno representativo...[es la de] ilustrar y esclarecer todas las cuestiones y anticiparse a ellas; guiar al Gobierno y a todo el que tiene intervención en el manejo de los negocios públicos; hacerle ver las necesidades del país y la manera de remediarlas; darle consejos de buen gobierno; censurar sus actos cuando se vea que se separan del buen camino, pero ayudándole y robusteciéndole la opinión cuando en su concepto marcha acertadamente; ésta y no otra es la misión del escritor político. Cuando esa misión se desempeña así, dignamente, no hay cosa más noble, más alta, más inestimable que ese ejercicio (Pérez Garzón, 2003: xxxviii).

El joven idealista romántico se ha aburguesado y huye de los extremos intentando mantener un punto medio que no comprometa la seguridad nacional, ni los valores de la nueva sociedad liberal. Como vemos la evolución social de Lafuente coincide con la intelectual. Cuanto más reconocimiento social y literario adquiere, sobre todo en las altas capas de la sociedad, más se suavizan sus escritos literarios, y pasa de ser un crítico y peligroso observador a un curioso testigo que terminará explicándose el presente, re-inventando un pasado, con tanto éxito y aceptación que, además, obtendrá «imperecedera fama». El que Modesto Lafuente se decidiera a escribir la *Historia General de España* ocupando un cargo político importante es una reacción natural a la evolución de la historiografía como ciencia en el periodo del romanticismo. Así cuando escribe la *Historia General*, extrae sólo los hechos que justifiquen la existencia de la nación actual y, por ejemplo, en el reinado de los Reyes Católicos ofrece mayor protagonismo a Isabel que a Fernando, en un obvio intento de justificar y apoyar la causa de Isabel II.

La historia se convierte así en una especie de partera de la nación, capaz de dar forma a la idea de comunidad mística segregada por el Estado. La profesión de historiador aparece, de hecho, indisolublemente ligada desde sus orígenes al servicio del poder político, funcionarios estatales en el caso que aquí nos ocupa, y con una fuerte carga de responsabilidad social, de compromiso frente a la propia comunidad (Pérez-Vejo, 1999: 117)

En 1865 fue nombrado miembro del Consejo del Estado, y desde 1856 ocupó cargos importantes como el de director de la Escuela Diplomática y presidente de la Junta Superior de Archivos y Bibliotecas. Seguían asegurados su prestigio social y sus ingresos.

Modesto Lafuente se incorporó a la creciente clase burguesa, casi inexistente en León en 1837, y lo que es más importante, entró a formar parte de la clase dirigente que gobernaba la Nación. No creemos que traicionara sus ideales de juventud: Lafuente siempre fue liberal. Fue el liberalismo el que evolucionó y se dividió en las distintas ramas de conservador, progresista y moderado. Perteneció a la Unión liberal de O'Donnell, porque ya no creía en los extremos,

¿Veis esos dos extremos? Pues para huir de ellos nos hemos reunido en el centro, para resistir a los dos extremos; precisamente porque no queremos ir a la zona

tórrida con el Señor Rivero y abrasarnos con él, y porque no queremos ir a la zona frígida, donde va el Señor Aparici, para helarnos de frío, por eso nos mantenemos en las dos zonas templadas (Ferrer del Río, 1866: cxv).

Ahora creía en la unidad religiosa como fundamental seña de identidad de la nación española y que los males de España eran consecuencia de la intolerancia política entre los partidos. El problema del Estado español era que la tolerancia, como tal, no era un hábito en el país y por lo tanto creía un disparate reconocer la libertad de cultos en la nueva Constitución. A nuestro parecer es una opinión un poco contradictoria la de Lafuente, ya que, si el problema básico de España era la intolerancia, prohibir la libertad de culto acentúa más el problema, y uno no puede dejar de preguntarse en qué consiste, entonces, la tolerancia. Lo cierto es que su última obra, *Historia General de España*, es una apología del origen cristiano de España, muy acorde con las creencias políticas de Lafuente en la etapa de madurez de su vida.

Los contenidos de los dos volúmenes que forman el *Teatro social* ponen en evidencia la sociedad española de mediados de siglo XIX, ya sea por su retraso ante el progreso industrial europeo, el desaprovechamiento de sus recursos o la rápida adaptación de costumbres extranjeras por una débil nación española. Pero lo que de verdad exponen es la rápida transformación de la sociedad urbana española de tradicional a moderna y la lenta consolidación de esa clase media dentro de ese espacio urbano, que al ritmo del progreso quiere estar en boga con las modas extranjeras. Lafuente está señalando, las consecuencias de la modernización del país, y los desajustes que esta modernización precipitan en el Madrid de 1846. El escritor se encuentra atrapado entre la España tradicional a la que querría ver modernizada, y la rápida adaptación de las modas extranjeras, lo que implica la pérdida y el abandono de las costumbres autóctonas o incluso del cultivo de la propia literatura. Hará falta la mitificación de un pasado común para poder dar legitimidad al presente y defender un futuro homogéneo y unificado para todos los españoles. Y la redacción de la *Historia General de España* es la consecuencia palpable de esta reflexión. La unión del *mythos* con el *logos*.

Lafuente es el observador de los cambios sociales que se dan en España, de dos vías de existencia, la moderna y la vida tradicional, muy difíciles de congeniar. Era necesario crear una nación cultural instituida desde la educación, y definir en qué consiste el ser español, algo que según él sólo el Estado es capaz de proporcionar. Por ello se dedicó a la política defendiendo desde las filas del liberalismo moderado un Estado que determinara y defendiera la idea de nación española. Y desde la redacción de la *Historia General de España* albergó una cultura pública homogénea, basada en una lengua común y la unidad ideológica y social, es decir, la creación de una nación cultural, «lo que en la mayoría de los casos consiste simplemente en convertir la “cultura” de una nación “cultural” mayoritaria en la cultura “nacional” de una nación política» (Pérez Vejo, 1999:179)

Si la sátira sirve a Lafuente para criticar el presente caótico de la sociedad española de mediados del siglo XIX con gran verisimilitud y crudo realismo, la redacción de la *Historia general de España* tiene una función mítica: es la narración del mito fundacional español, con un objetivo claramente político¹¹. Mito, realidad e historia en el caso de Lafuente

¹¹ «Por lo que se refiere al solapamiento de las actividades historiográficas y políticas, estos historiadores no profesionales suelen ser, por el contrario, profesionales de la política, o en todo caso de la parapolítica. [...] como la (historia) de Lafuente —cuya *Historia General de España* vino a ocupar el lugar de la del padre Mariana como “la” historia de España—, que tuvo una importante actividad política. [...] Lafuente, el autor de “la historia” de España del XIX, no desdeña la actividad política, cabría decir incluso que su actividad política es la continuación de la historiográfica por otros medios» (Pérez Vejo, 1999: 194)

conforman las inquietudes intelectuales propias de un romántico del XIX español en búsqueda de la autenticidad y a favor de «la recuperación de aquellos rasgos previos a la adulteración de las viejas culturas por el avance del progreso y la uniformidad cultural» (Pérez Vejo, 187) Lafuente no es un escritor contradictorio, aunque él mismo nos lo quiera hacer creer, sino que es ante todo un político que denunció el presente y re-creó la historia de la nación recuperando mitos del pasado con los que justificar la legitimidad política del presente y la cohesión de la identidad nacional.

BIBLIOGRAFÍA

- ÁLVAREZ BARRIENTOS, Joaquín (ed.) (2004), *Se hicieron literatos para ser políticos. Cultura y política en la España de Carlos IV y Fernando VII*, Cádiz, Biblioteca Nueva, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz.
- ÁLVAREZ JUNCO, José (2017), *Dioses útiles. Naciones y nacionalismos*, Madrid, Galaxia Gutenberg.
- (2001) *Mater Dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*, Madrid, Taurus.
- FERRER DEL RÍO, Antonio (1866) «El Señor don Modesto Lafuente. Su vida y sus obras» en *Modesto Lafuente: Historia General de España*, Madrid, Edición Económica.
- FUERTES-ARBOIX, Mònica (2009) «El arte de gerundiar o sobre el costumbrismo social de Lafuente en los Viages por Francia, Bélgica, Holanda y orillas del Rhin», *Crítica Hispánica*, 31, 2, pp. 81-101.
- (2014) *La sátira política en la primera mitad del siglo XIX: Fray Gerundio (1837-1542) de Modesto Lafuente*, Alicante, Publicaciones de la Universidad de Alicante.
- (2016) «Viajeros costumbristas en Europa: Enrique Gil y Carrasco, Modesto Lafuente y Mesonero Romanos», *Actas congreso Internacional Enrique Gil y Carrasco y el romanticismo*, pp.287-296.
- (2017) «El discurso mítico de la Edad Media en la Historia General de España, de Modesto Lafuente», *Lectura y signo: Revista de Literatura*, 12, 1, pp. 275-287.
- GARCÍA DE CORTÁZAR, Fernando (2004) *Los mitos de la historia de España*. Barcelona, Editorial Planeta.
- LAFUENTE Y ZAMALLOA, Modesto (2002) *Historia General de España desde los tiempos más remotos hasta nuestros días. Discurso preliminar*, Edición de Juan Sisinio Pérez Garzón. Uργοiti editores, Mutilva Baja.
- , (1842) *Viages de Fr. Gerundio por Francia, Bélgica, Holanda y orillas del Rhin*. Madrid, Establecimiento Tipográfico.
- , (1845-1846) *Teatro social del siglo XIX*. Madrid, P. Mellado.
- PÉREZ GARZÓN, Juan Sisinio (2003) *Modesto Lafuente, artífice de la historia de España*, Pamplona, Uργοiti editores S. L.
- PÉREZ VIEJO, Tomás (1999) *Nación, identidad nacional y otros mitos nacionalistas*, Oviedo, Ediciones Nobel.